

desde algunos días antes. Escribió al periódico «La Escuela Elemental», que circulaba mucho por toda la provincia y por otras partes de Italia, una carta en la que narraba la historia de aquella contienda, fustigando al alcalde muy razonadamente y solicitando la intervención del Provisor, al cual—suplicó Emilio á la dirección del periódico—que fuese enviado un ejemplar del mismo, con su artículo señalado, según costumbre, con lápiz rojo. Este apercibimiento, á juicio del joven, intimidaría—ya que no lograrse otra cosa—al tirano, si es que no inducía al Provisor á determinar pronto; y, en todo caso, sería un buen bofetón aplicado en aquella odiosa cara de cocinero, que conservaría la señal durante mucho tiempo.

Entonces dió principio en otro terreno una lucha que habría sido eminentemente cómica á no haber sido tan deplorable el hecho que la producía; una de esas luchas frecuentes que libran los periódicos profesionales protectores de los maestros suscritos y las autoridades de los pueblos pequeños; autoridades que necesitando batirse con la pluma, hacen, por regla general, una figura muy desairada. El director del periódico publicó la carta, según costumbre, omitiendo el nombre y suponiendo haberla recibido de Turín, y agregando en otra columna por cuenta propia: «que el alcalde había cerrado la escuela «villanesca» (1), como en otro tiempo cerraba la puerta de la cocina cuando el pinche le había dejado ahumarse una salsa»; y puso aquí, á modo de epílogo (cosa muy corriente en polémicas de este linaje), una invitación á todos los suscriptores, los de uno y otro sexo, para que le enviasen sus tarjetas, en prueba de admiración por «la maravillosa desenvoltura con que pisoteaba las leyes y desdeñaba á las autoridades académicas.» El maestro recibió un ejemplar del periódico, el único que iba al pueblo, y supuso que en el Ayuntamiento se habría recibido otro; pero con el fin de lograr que la demostración de las tarjetas fuese una verda-

(1) Aunque la Academia española admite y define los vocablos «villanesco» y «villanesca», no incluye en el Diccionario el adverbio «villanesca-mente»; lo empleo, no obstante (esperando ser perdonado), porque villanesca-mente no expresa, en este caso, con fidelidad la idea del autor. (N. del T.)

dera sorpresa, la dirección no había remitido ejemplar alguno ni al alcalde, ni á nadie, contando con que transcurrieran algunos días hasta que tuviesen noticia del artículo por otro conducto. Así sucedió efectivamente. Tratando los maestros y las maestras en aquella ocasión de sostenerse mutuamente con un buen acuerdo que muy á menudo dejan desear en Congresos pedagógicos, y aún en el seno de sus asociaciones, transcurridos que fueron cuatro ó cinco días, comenzaron á llover sobre el alcalde tarjetas de multitud de maestros de la provincia del Piamonte; después de los suscriptores de la Lombardia y del Véneto, luego de la Rumanía, de la Liguria, y, por fin, de la comarca Napolitana: tarjetas de todas formas y de todos colores, adornadas con las letras *P C*, entre signos de admiración, con una *V* en forma de orejas de asno; algunas con cacerolas, peroles, cuchillas y otros utensilios de cocina, cuidadosamente dibujados á pluma, ya encima del nombre, ya en uno de los ángulos, como insignias de nobleza. Cada correo llevaba al alcalde seis ó siete. En poco más de una semana llegó á reunir unas ochenta. Asombrado en los dos primeros días, inquieto en el tercero y el cuarto, llegó por último á enfurecerse, sospechando una burla relacionada con el asunto de la maestra, pero sin comprender de qué modo podía haberse organizado. Cuando estaba pensando en ir á casa de la joven y representar allí una escena trágica, recibió el número retrasado del periódico. Afortunadamente, como la correspondencia aparecía remitida desde Turín, las sospechas del alcalde recayeron inmediatamente en el abogado Samis, y de aquí partieron sus pensamientos ulteriores. No se atrevió á escribir al abogado, ya por carecer de una certeza absoluta, ya por temor de que le enviase muy enhoramala, y cometió una torpeza más deplorable: escribió al periódico, y para que todo resultase peor todavía, escribió en los impetus primeros de su cólera, de su puño y letra, una carta llena de palabras impertinentes, pero vagas; carta en la que, sin negar nada, hablaba de calumnias aludiendo á su enemigo el abogado y diciendo que esperaba las superiores resoluciones «confiando en la justicia.» El

director del periódico, hombre astuto, publicó la carta sin comentarios, en tipo grande, con todas las faltas de sintaxis y todos los visibles errores de ortografía, que provocaron la risa de todos los suscriptores de Italia. Para coronamiento de la obra, en el mismo día en que recibió el alcalde su prosa impresa, le llegó el decreto del Consejo de Instrucción pública que anulaba la cesantía de la maestra.

Cuando ésta lo supo, se consideró en salvo, y Emilio y muchos otros creyeron también que la escuela volvería á ser abierta sin demora, pues no les parecía posible que el alcalde y sus servidores tuviesen la osadía de persistir en una ilegalidad tan descarada y tan absurda después de un segundo apercibimiento del Consejo, y á riesgo de incurrir en alguna injuria escandalosa. Pero eso lo creyeron solamente los cándidos, que no comprendían hasta qué extremo de insensatez podía arrastrar el orgullo ofendido, en el camino de los abusos de la fuerza, á un hombre grosero que había subido desde el fregadero al sillón de alcalde, fuerte con su terquedad y con su dinero, y convertido en temerario por su propia ignorancia. El día mismo en que se había recibido el decreto, vióse al alcalde andar por el pueblo, con el rostro provocativo como si anduviese á caza de sus enemigos, y se le oyó decir en el café, y en la tienda del tabaquero, y en otras muchas partes, que él se reía del Consejo, y del Gobernador, que recurriría al Consejo de Estado; que si éste no le daba la razón, lograría que el diputado del distrito dirigiese una interpelación al Gobierno en el Parlamento; que si la interpelación no prosperaba, acudiría al Rey; pero que de ningún modo se dejaría vencer por maestras «que llevan la inmoralidad á los Municipios» y que recurren á los periódicos para poner en ridículo y calumniar á las autoridades nombradas por la Corona. Y la escuela no fué abierta. Figurándose la maestra que solamente para darle ese último disgusto, el alcalde no quería reanudar la enseñanza hasta que comenzase otro mes, aguardó. El 1.º de Marzo, como viese que la clase continuaba cerrada, suplicó al maestro, señor Calvi, que fuese á buscar la llave; pero la llave le fué re-

husada. Acudió la joven entonces al delegado de escuelas, el cual, atormentado por la gota, dijo que le dejara en paz; que estudiaría el asunto cuando se hubiese curado, y prepararían juntos otra apelación al Consejo. En resumidas cuentas, la maestra tornó á encontrarse en la misma situación que anteriormente.

LAS ÚLTIMAS PRUEBAS

Pero una desdicha peor que todas éstas vino para hacer su situación más triste todavía. En el nuevo año debían pagarla su retribución por bimestres vencidos. No atreviéndose á presentarse el día 1.º de Marzo en el Ayuntamiento para cobrar lo devengado, la joven sacó fuerzas de flaqueza y fué á suplicar al secretario que se lo entregase. El secretario, encogiéndose cuanto pudo y evitando su mirada, balbuceó que no había recibido orden alguna con respecto al asunto; la aconsejó que esperase á que las cosas se tranquilizaran un poco; en una palabra, le hizo comprender que se había determinado no pagarla. A tan rudo golpe, á pesar de su fuerza de ánimo, la joven vaciló. Pero recobrando en seguida su energía, dijo:

—¡Pero yo, aún en el caso de que se me considere como cesante, tengo derecho, por lo menos, á la retribución del mes en que he dado mi clase! Aunque no, tengo derecho á todo. La escuela no la he cerrado yo; el Consejo de Instrucción pública me ha vuelto á colocar en mi plaza. Tengo que atender á mi padre. No se pone á una maestra en la calle de este modo. ¡Es una cosa inaudita!

El secretario, verdaderamente condolido, apeló á su expediente habitual de presentarse como víctima. Se llevó las manos á la cabeza; invocó á Dios y á todos los Santos, se llamó el último y más miserable de los seres humanos, un hombre puesto en la condición de desear que la tierra se abriese bajo sus

pies. Comprendiendo que allí nada conseguiría, la maestra adoptó la resolución de dirigirse decididamente al recaudador, sin saber con certeza lo que podría esperar de aquella visita.

Desde las primeras palabras de éste adivinó la influencia malévola de su mujer, prima del alcalde, que con la resistencia de la joven debía de haberse considerado herida en su orgullo de familia. Aquel semblante barbudo de cazador de jabalies no empleó groserías: se desembarazó de la joven con tres solas preguntas repetidas flemáticamente á la conclusión de todas las observaciones de la maestra.

—Pero, ¿y la orden del pago, señorita?... Pero, ¿y la orden, digo?... Pero ¿qué puedo hacer yo sin la orden de pago?

Presa entonces de un arrebato de indignación que le revolvió toda su sangre, pensó en ir derecha en busca del alcalde á intimarle que cumpliera con su deber, á llamarle ladrón y asesino, y á escupirle á la cara. Pero cuando llegó á unos veinte pasos de las casas consistoriales, vió al alcalde muy erguido en la puerta, hablando con el secretario y fumando su pipa, echó de ver que se volvía hacia ella y que tomaba un aire de triunfo; ante aquella vista, recordando la repugnante lascivia con que el miserable la había hablado, de la rabia feroz con que la había amenazado, de la cínica impudencia con que había mentido, se decidió á soportarlo todo antes que la humillación de presentarse espontáneamente delante de aquel hombre, y angustiado su corazón, pero segura en su conciencia de que hallaría fuerza para luchar hasta lo último, regresó á su casa.

Pronto hubo de entablar lucha con la necesidad. Como todos los maestros de pueblos pequeños que cobran retribuciones escasas y vencidas, durante los dos primeros meses de aquel año había vivido la joven casi del todo á crédito, porque no quería tocar á un pequeñísimo peculio que guardaba como de reserva para el caso de cualquier necesidad extraordinaria de su padre, ó para los gastos de viaje si obtenía alguna colocación en pueblo muy lejano. Encontróse, pues, desde los primeros días en la precisión

de aumentar sus deudas. Los proveedores á quienes la maestra compraba, gente lista y experimentada en aquellas cosas, comprendían perfectamente que la tienda acabaría en favor de la maestra; que entonces le serían pagados sus sueldos, y ella á su vez saldaría las cuentas; por esta razón continuaron vendiendo para ella á crédito; pero, como suele hacerse en casos parecidos, encareciendo los precios. De esta manera, en poco tiempo, la deuda subió de una manera enorme, relativamente á los medios de que la joven disponía. Entre tanto, el pueblo entero hablaba de aquellas peripecias. Ciertamente había algunas, como la mujer del asesor licorista, la del delegado, el superintendente y hasta el boticario—aunque era hermano de la empleada en correos,—que se mostraban condolidos por la situación de la maestra, y que de muy buena gana se habrían acercado á ella para darle, cuando menos, el consuelo de escuchar palabras de simpatía; pero, previendo muy próximo el día en que el demostrar amistad sin prestarle auxilio podría exponerles á representar un papel poco airoso, permanecían alejados de aquella pobre víctima. Las otras, la madre del pretor, ofendida en su ternura maternal, según ella la entendía; la inspectora, que aborrecía en la joven su propia efigie retocada; la mujer del maestro señor Calvi, y la empleada en correos, que estaban celosas, y la mujer del recaudador, emparentada con la autoridad escarnecida, se bañaban en agua de rosas. Por lo que respecta al cura, siempre solitario, regocijábale en su fuero interno contemplando un ejemplo novísimo del desorden y de los escándalos á que daba motivo la escuela arrebatada al clero; la escuela laica, que, á juicio del cura, era la perdición del mundo. Solamente la señora Falbrizio, que en el caso de su compañera veía reflejado en desprestigio y con perjuicio seguro del alcalde, en porvenir no muy lejano, su caso mismo, quiso dar una prueba de valor y fué á ofrecerse á la señorita Galli. Pareció que se ofrecía de corazón; pero su corazón usaba un lenguaje tan poco á propósito para que fuesen aceptados sus ofrecimientos, que la joven, aunque hubiese estado muy dispuesta á valerse de ellos, sólo por la forma excesi-

vamente lastimera con que le habían sido hechos, no los hubiese admitido. Para terminar: después de haber elevado al Provisor un nuevo recurso, en el cual exponía circunstanciadamente cuanto había ocurrido, la pobre maestra realizó un día, con el corazón oprimido, el gran sacrificio; puso mano en su reducido tesoro, reunido en cinco años de economías, no solamente para los gastos de un viaje posible, como ella decía, sino también con un propósito sobre el cual no se atrevía á fijar su pensamiento: el de dar á su padre decorosa sepultura.

¡LÁSTIMAS!

Emilio le ofreció auxilio muchas veces, sin rodeos de palabras rebuscadas, con esa violencia de compasión y de cariño que dice las cosas en crudo y va derecha al corazón. Tenía el maestro cien pesetas y pico de capital, incluidas las veinticinco de gratificación que le habían producido los seis meses de escuela nocturna del anterior invierno (diez céntimos por lección), cobradas un año después. Pero la maestra rehusó siempre, asegurando que no lo necesitaba. Parecía que se conservaba tranquila; pero cada vez se dejaba ver menos. Una tarde, sin embargo, dirigió la joven á su vecino una de aquellas hermosas sonrisas de los primeros meses, refiriéndole en el terradillo que el maestro señor Calvi había estado á visitarla y le había expuesto, sin duda para que se consolase, un proyecto suyo de quitar á los Municipios el pago de los maestros, para impedir los abusos; proyecto que se relacionaba íntimamente con otro sobre fundación de un Banco agrícola en debida forma, con sus anexos y sucursales: un sin fin de cosas. La pobre maestra, á pesar de sus amarguras, sonreía, sin saber que, al salir de su casa, el desdichado señor Calvi había sido sorprendido en la calle por su mujer, que le seguía los pasos, y le había llenado de vituperios. Después de aquella tarde, Emilio estuvo varios días sin ver á su vecina. Pasaba el maestro las largas noches del

invierno en su casa, melancólico, hojeando las colecciones de periódicos profesionales á la mezquina luz de una lamparilla de petróleo que producía un disco blanco sobre la mesita y dejaba en tinieblas el resto de la habitación. En los años anteriores no había prestado Emilio gran atención al carácter peculiar que tienen casi todos esos periódicos en los cuales se narran todas las desventuras y todas las calamidades de los maestros; pero entonces aquel ejemplo tan cercano le inspiraba una curiosidad amarga por conocerlos. Dióse á leer solamente esas cosas, y tomó la lectura desde muy atrás. Era una odisea de lástimas que le angustiaba. En el estado de sobreexcitación nerviosa en que vivía de algún tiempo á esta parte, acrecentada por el sentimiento de la soledad y del silencio de la noche, veía Emilio los lugares y á las personas, y casi oía la voz de aquella pobre gente. Leía, entre otras, noticias de un maestro elemental, sin colocación, que cierto día había sido acometido de indisposición repentina, en la calle de «Scienze», en Turín; un caballero que por allí transitaba, se había ofrecido á trasladarle á su casa en carruaje; pero el maestro había rehusado, pidiendo, en cambio, una bebida caliente, de la cual había menester más que de nada. Aquel pobre hombre que pretendía disimular el hambre pidiendo una bebida caliente, inspiraba á Emilio más compasión que le habría inspirado diciendo con toda claridad: «Tengo hambre; dadme pan.» ¿Quién sabe por qué peripecias y por qué contrariedades habría pasado, hasta caer desfallecido de ayuno, sobre el empedrado de una calle de Turín? En otro pueblo había sido el jefe de la fuerza pública quien, como hallara al maestro casi muerto de hambre entre unas malezas, le dió tres pesetas de limosna. Después de lo cual, seguía diciendo el periódico, «el Provisor había acudido para abrir una información. Este soldado de la «vanguardia del progreso», habiendo quedado sin casa, había dormido por algún tiempo en los bancos de la escuela; arrojado de allí, habíase reducido á dormir en un tonel; y también del tonel le habían expulsado: cosa muy natural, por otra parte, porque ¿qué substancia podía sacarse ya de tal maestro?»

En otro número se hablaba de un Municipio en donde, muriéndose de hambre los maestros y las maestras, á quienes no se había pagado en muchos meses, habíase organizado una Junta de vecinos del pueblo para redactar á modo de una alocución para implorar la caridad pública.—«Hasta el óbolo de algunos céntimos, se decía en aquel documento, será agradecido.» ¡En buen hora! No eran aquellos donativos llevados á cabo con el «pudoroso silencio» de que habla el himno de Alejandro Manzoni; pero los hambrientos no se curan de ciertas delicadezas. Hablábase otra vez de un maestro de la Italia meridional que no cobrando nunca ni un sólo céntimo de su retribución, había sido admitido, por caridad, á la mesa de los oficiales del destacamento, en un convento antiguo; los oficiales que se iban dejaban como herencia á los que venían, las hambres del maestro, y de este modo iba el pobre tirando de su vida hacia dos años. Además de éstos, había casos muy peregrinos de acumulación de tareas distintas y oficios varios en un mismo maestro: maestros monacillos, ordenanzas del Ayuntamiento, zapateros remendones, aserradores á ratos perdidos, y que con tantas fuentes de ingresos se metían en cama, que no era tal cama, por haberse alimentado durante un mes entero con higos secos echados á perder. Publicaban, además, casos de tacañería verdaderamente vergonzosos. ¿Qué decir, por ejemplo, de una maestra que recogía de debajo de los bancos, luego que salían las alumnas, trozos de papel, retazos de tela, cabos de hilo, y, por último, altramuces que las pícaras le arrojaban por desprecio? Un periodiquillo de la provincia la increpaba muy merecidamente, aunque sin publicar el nombre, diciendo que deshonoraba la escuela, y contaba además que andaba por casa con alpargatas que ella misma se hacía con rastrojos y desperdicios recogidos por las calles: cosas todas que le quitaban su autoridad y redundaban en desprestigio del pueblo. Pero más frecuentemente se encontraban datos tristísimos: maestros octogenarios á quienes se ponía en la calle, después de cincuenta años de enseñanza, por no ser ya aptos para el servicio, por sordos; maestras á quienes los

padres de las alumnas suspensas en los exámenes habían hecho apalearse brutalmente; una profesora, reducida á tal desesperación por las persecuciones y por los disgustos, que se había dado tres cuchilladas en el cuello delante de las niñas; otra que de pronto había interrumpido su explicación y corriendo al atrio de la escuela, se había arrojado al pozo: las discípulas habían oído espantadas el golpe de la caída. Toda aquella procesión lastimosa de hambrientos, de enfermos, de ancianos sin apoyo, de muchachas enflaquecidas, desfilaba ante la imaginación acalorada de Emilio en la penumbra de su pobre habitación; el joven creía oírles decir unos en pos de otros:—¡Vente conmigo, compañero, voy á pedir limosna! ¡Vente conmigo, voy al hospital! ¡Vente conmigo, voy al cementerio! Y lo dejaban sumergido en profunda tristeza, que le oprimía el alma.

INFORTUNIO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

En tanto que el maestro pasaba revista á todas esas lástimas, la situación de la señorita Galli se agravaba de día en día. Había empleado sus reducidos ahorros en pagar una parte de sus deudas, esperando que de ese modo se le abrirían créditos nuevos; pero los tenderos, como veían que la escuela continuaba cerrada sin que las autoridades de Turin tomasen cartas en el asunto, principiaban á dudar de que la maestra lograra superar aquellas dificultades; los unos se negaron á fiarle más géneros, los otros se los dieron á crédito, pero como quien hace gran favor y refunfuñando siempre. Con mucha frecuencia le preguntaban:—Pero ¿en qué quedamos? ¿Vienen esas órdenes del Gobierno, ó no vienen? O bien le decían:—Bueno, siga usted llevándose lo que quiera...; pero parece que la cosa va para largo.—Aquellas groserías la mortificaban de tal modo, que para evitarlas ó dar ocasión á ellas lo menos posible, concretábase á comprar lo

La novela de un maestro—Tomo I—19

estrictamente preciso, medio gramo á gramo. Las criadas del pueblo entraban adrede en las tiendas después de ella ó después de la aldeanilla que la servía, para informarse ó para ver si era posible, y comentaban lo exiguo del gasto, que disminuía más de un día para otro. La maestra, decían, estaba procurando adelgazar; de día en día veíasela andar más esbelta; se alimentaba poco para que las digestiones no le impidiesen estudiar; y se reían en los corrillos que formaban por las esquinas. Algunas preguntaban á la hija del panadero y á la del carnicero, ambas discípulas de la joven, para saber con exactitud á cuánto ascendían sus deudas, y contárselo á los amos; de suerte que algunas familias podían llevar al céntimo el progreso de las escaseces de la maestra. Ella adivinaba todo esto, y aquella abominable publicidad de su indigencia, si bien por una parte le destrozaba el alma, parecía, por otra, que redoblaba su valor, como al reo de muerte la vista de la muchedumbre. Emilio permanecía largos ratos oculto por las persianas de su balcón; veíala algunas veces entrar en casa, y con el corazón lleno de lástima, la admiraba. Cuanto más crecían las angustias de la joven, tanto más hermosa la encontraba; esmerábase más la maestra en el vestir; su rostro iba adquiriendo una tristeza tranquila, inmóvil y como muy superior á las mismas adversidades que la habían producido; solamente su boca, sacudida por temblores repentinos, vendía de cuando en cuando una parte del corazón; pero nada había perdido de su dulzura. Pasaba por las calles sin engimimiento aparente y sin altanería, fingiendo no ver á nadie, y cuando veía de pasada á cualquier enemigo suyo ó á algún curioso, levantaba la vista hacia la montaña, cuyas nevadas cimas comenzaban á liquidar los ardores del sol, ó miraba por entre el grupo de casas el torrente azulado, en los alrededores del cual principiaban á brotar florecillas de variados colores. Una sola persona la revolvía toda la sangre cuando desde lejos alcanzaba á verla: el alcalde; y otra le causaba una impresión de disgusto que no lograba disimular: el ordenanza, que cuando estaba borracho solía pasar al lado de la joven atusándose sus barbas

con aire victorioso y contoneando su pesada figura de ayudante del verdugo. Pero éstas eran impresiones efímeras. Lo que la atormentaba sin descanso era el pensar en su padre, y todos lo comprendían.

Como la viese cierto día de mal color y fatigada, sospechó Emilio que había principiado ya á privarse á sí misma de parte de lo necesario para que nada faltase al anciano enfermo, y con esta idea se presentó por la tarde en la cancela del terradillo, temblando de emoción, para ofrecerle una vez más cuanto él poseía, y suplicarla que lo aceptase. Pero la maestra le contestó que se había equivocado en sus sospechas; que aún podía esperar; y pronunció aquellas pocas palabras con tal firmeza, que Emilio comprendió que su vecina sobrellevaría todas las angustias imaginables antes de aceptar un auxilio; pero acompañó aquella negativa con una mirada profunda y dulce en que, no solamente se leía el agradecimiento, sino algo parecido á estas palabras: «Me regocijaría mucho poder aceptar; eres mi único amigo, pobre joven; sé que me amas; eres bueno; bendito seas; pero no puedo: mi altivez es mi vida.» El maestro la preguntó otra noche si no tenía familia, si quería que él mismo escribiese á alguien, ó que fuese á Turín para hablar al Provisor por ella. No tenía parientes; no había, pues, á quién escribir: al Provisor le había escrito ella misma y ya no podía retrasarse mucho la resolución de su expediente.

Pero mientras tanto su situación empeoraba. Una tarde, al verla con los ojos enrojecidos, Ratti la preguntó por qué había llorado. La maestra respondió que, al entrar en casa ya anochecido, habíase tropezado con la pequeñuela que le regalaba florecillas del campo, y que estaba esperándola en la escalera; la pobre niña le había rodeado con los brazos el cuello, la había besado entre sollozos y lágrimas, y había echado á correr en seguida. Aquel encuentro, decía la joven, le había dado consuelo. Después no pudo contener un suspiro. Todo lo aceptaba, todo le parecía soportable á trueque de sacar ilesa su dignidad; pero el presentarse en las tiendas donde le ponían mala cara... ¡Oh! Aquel era un martirio superior á sus fuer-

zas.—¡Ah! ¡Si no fuera por mi pobre padre!—exclamó. El maestro tornó aún á ofrecerle nuevamente, casi llorando, todo lo poco que poseía. Pero ella, reponiéndose inmediatamente, le respondió:—No, no puedo. He aceptado la lucha; debo sostenerla yo sola, mientras me sea posible hacerlo, sin que por ella sufra mi querido padre. Al día siguiente reanimóla una ráfaga consoladora de esperanza, pues supo que del Gobierno se habían recibido órdenes apremiantes para que se abriese de nuevo la escuela. Pero esta lisonjera esperanza la abandonó también cuando supo que el alcalde, en lugar de abrir la escuela, había partido para Turin. Indudablemente el alcalde se proponía urdir tramas nuevas; había ido con el propósito de propalar nuevas calumnias, y haría que se aplazase aún por otro mes una resolución definitiva. Pero ahora ya las energías de su alma tocaban á su término; su manera de andar bastaba para darlo á entender, y todavía lo manifestaba con más claridad lo apagado de su mirada de cansancio, que es indicio evidente de la debilidad producida por la insuficiencia de la alimentación. En el pueblo principiaban á maravillarse de que la maestra pudiese resistir por tanto tiempo, y se le contaban los días como á una plaza sitiada. Algunos curiosos, al pasar por delante de la casa de Faustina Galli, miraban á las ventanas como suele hacerse delante de las casas en que hay un enfermo ya moribundo. La criada del médico, criada que pertenecía al grupo de las perseguidoras más crueles, siempre que la encontraba por las mañanas, levantaba la tapa del cesto, fingiendo que buscaba algo, para hacerla ver que iba repleta. En los corrillos, cuando la pobre maestra pasaba, decía:—Pero ¿qué come para sostenerse en pie? Los compasivos volvían la cara hacia otro lado; los enemigos iban á colocarse en las esquinas para verla pasar y observaban su marcha. Parecía que en casi todos acrecía la insolencia, no tanto por crueldad cuanto por deseo de darle el golpe de gracia, que la obligase á ceder y á implorar perdón; para no presenciar por más tiempo aquel lastimoso espectáculo. Sí, no cabía duda; la maestra debía de estar ya padeciendo hambre. En todas las casas lo

decían. Durante la última semana sólo había tomado á crédito medio kilo de carne con hueso, un poco de manteca y pan muy escaso. Había despedido á su criada. No se veía ya luz en su ventana. Su casa debía de haberse convertido en una tumba. ¿Cómo podía resistirse aún? Aquello era la insensatez del orgullo al fin. Nadie pretendía que se vendiese; bastaría un acto de sumisión. Cuando se tiene un padre viejo y enfermo, ¡por Dios y por todos los Santos! hay que hacer algunos sacrificios por el padre.

A oídos del maestro llegaban estas murmuraciones, y oyéndolas se desesperaba. Vino un día en que, no pudiendo contenerse más, resolvió obligarla á que aceptase su auxilio á toda costa. No la había visto salir durante la tarde anterior, y la sospecha de que el desfallecimiento y la debilidad la hubiesen puesto enferma, sirvió de acicate á sus propósitos. Al anochechar salió á la meseta de la escalera para llamar a la puerta de la vecina. Delante de la puerta vislumbró una sombra, que le pareció de una niña, que estaba también para llamar y no se atrevía. Preguntóla el maestro quién era. La muchacha se acobardó; parecía que temblaba, y no respondió una palabra. Entonces Ratti encendió un fósforo; era la hija del tocinerero, vestida como si se hubiese escapado de casa, y toda asustada; cuando la muchacha conoció al maestro, se apresuró á esconder detrás de sí una de las manos.

El joven la preguntó:

—¿Qué quieres? ¿Qué has escondido ahí?

Entonces la niña, encendida por el rubor, y temblando, le mostró lo que había ocultado, y con voz ahogada le dijo:

—Tome usted, yo no me atrevo; déselo usted á la señora maestra.

Y escapó á correr por la escalera abajo.

Miró Emilio aquel bulto: era un envoltorio, le abrió, y halló dentro una lata de sardinas, algunas frutas secas y varios bizcochos. Todo el amor de Ratti á la infancia surgió desde el fondo de su alma, como las llamas de un incendio. ¡La niña había robado en su casa para la maestra! Sin saber aún con exactitud lo

que haría de aquellos géneros, Emilio, con mano temblona, llamó. Una figura negra se presentó muy luego: era Faustina.

El maestro dijo:

—Soy yo.

Y confuso, por no encontrar manera de principiar la solicitud, entregó á su vecina el paquete; la maestra lo tomó, aproximándose á la ventana de la escalera, y vió lo que el paquete contenía.

—Vuelva usted á llevarse esto—dijo prontamente, como si se hubiese abrasado las manos.

Y se lo devolvió al joven, agregando en són casi de resentimiento:

—Aún no estoy reducida á tal extremo.

Pero su voz era muy débil. El maestro le tendió la mano, y exclamó:

—Estoy aquí, señorita Galli; acepte usted mi auxilio; se lo ruego con toda mi alma.

La joven rehusó. Después contestó muy dulcemente:

—Gracias, señor Ratti. ¡Qué bueno es usted! Pero nada necesito, se lo aseguro. ¡Hasta la vista! ¡Oh! ¡Qué buena es esa niña querida! ¡Buenas noches! ¡Ah! No abrigue usted temor, ¿sabe usted? Tengo un alma de acero.

Pero no se movió, y en aquel instante de silencio pareció á Emilio que la oía respirar con dificultad; el maestro dió un paso hacia ella, y entonces lanzó la joven repentinamente un grito de desesperación.

—¡Oh! ¡No! ¡Ya no puedo más! ¡No puedo más!

Y, sollozando, dejó caer la cabeza en el hombro de Emilio; Faustina sintió al mismo tiempo las lágrimas del joven en las mejillas y un beso en la boca, un beso único, prolongado, violento, seguido de un grito ahogado, de dolor, de pasión y de alegría.

Mientras los labios del joven buscaban otra vez los de la maestra, ésta hizo un rápido movimiento y desapareció, lanzándose él á seguirla, tropezó con la puerta ya cerrada; y... besó la puerta; aproximó á ella su rostro abrasado; y jadeando, permaneció allí con el corazón abrumado, pero dichoso.

LA TERMINACIÓN

Tres días después, todo había terminado. La catástrofe del drama fué un tanto precipitada. Llegó de Turín un delegado de Seguridad pública con la orden de que la maestra volviese á ser colocada en su puesto, y con la resolución del Consejo de Instrucción pública, que condenaba al Municipio á pagar á la profesora las mensualidades de la retribución que le eran debidas por todo el tiempo en que se había visto obligada á suspender las lecciones, y además una indemnización por daños y perjuicios. El delegado fué directamente al Ayuntamiento. No había aún transcurrido media hora desde su llegada, y ya lo sabía todo el pueblo. Se reunió inmediatamente el cabildo, y fué llamada la maestra á las Casas Consistoriales. El delegado, un hombre alto, de maneras muy ceremoniosas, sonriendo á todos, como si hubiese sido convidado á una boda, expuso, con muchas palabras, en presencia del alcalde y de los concejales, las órdenes del Gobernador, invitando á la autoridad municipal á que avisase en el mismo día, por medio de pregón, que la escuela había vuelto á ser abierta, y que las familias debían enviar á las muchachas. Dicho esto, hizo que le diesen la llave de la escuela, y la entregó muy cortésmente á la maestra. Siguió diciendo que sería bien suplicar al cura que anunciase desde el púlpito la noticia. Manifestó esperar que no se repetirían esos disgustos, y terminó dirigiendo algunas palabras, que nada querían decir, pero que parecían muy atentas, al alcalde, el cual las escuchó temblando de cólera, sin comprender del todo si estaban dichas en serio ó en són de burla. El alcalde y la maestra no se miraron. Cuando la ceremonia hubo terminado, el delegado acompañó á la señorita para abrir la escuela, seguido por multitud de curiosos y por bastantes alumnas, que asaltaron los bancos muy regocijadas; después de esto, el representante del Gobierno saludó atentamente y partió.